

## Trump, ¿un “elefante” en Oriente Próximo?

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Tiempo habrá para reflexionar tranquilamente sobre el triunfo de Donald Trump. Y posiblemente voces más autorizadas que la mía se encarguen de darnos las distintas claves de dicha victoria en temas tan sensibles como la economía, la inmigración, la sanidad, la educación o el medio ambiente, por ejemplo. Aquí simplemente pretendo centrarme en un aspecto de su política internacional, la que tiene que ver con Oriente Próximo. Y vayan por delante dos precauciones. Primera, que mi favorito en esta carrera hacia la presidencia era Bernie Sanders, a quien el Partido Demócrata ya se encargó de segarle la hierba bajo los pies para que fuese nominada candidata Hillary Clinton. Segunda, que esta última no despertaba en mí encendidas simpatías respecto del tema que nos ocupa. Así, durante los años que estuvo de secretaria de Estado de Barack Obama, su proceder fue bastante cuestionable. Y no me estoy refiriendo al tema de sus correos electrónicos, no. Por citar rápidamente algunas cuestiones espinosas, basta analizar el papel jugado por EEUU en las denominadas primaveras árabes, en especial en Egipto y Siria, y en el desmoronamiento de Libia. Y es que, en general, a lo largo de sus dos mandatos, la política exterior de la Administración Obama en el Mediterráneo Oriental ha dejado mucho que desear, hasta el punto que la situación es peor que en tiempos de su antecesor, George W. Bush, circunstancia que era hartamente difícil de imaginar. Con la excepción del acuerdo nuclear con Irán, que es un aspecto francamente positivo y un logro histórico.

Dicho esto, ¿qué se puede esperar del próximo inquilino de la Casa Blanca? Lo propio, y según él mismo ha anunciado en la campaña electoral, sería una normalización cuanto antes de las relaciones con Rusia, algo que es fundamental para recomponer la situación en la región. Hasta tal punto que ha llegado a afirmar que está dispuesto a reconocer la anexión de Crimea. Esto allanaría sensiblemente las posturas entre ambos gobiernos, claro está. El propio Trump era el favorito de Putin, lo que constituye un valioso punto de partida para retomar el diálogo. Pues una de las mayores equivocaciones de Obama en este terreno ha sido, precisamente, menospreciar la importancia de Moscú. De manera que una distensión entre ambos países puede suponer un renovado punto de partida para abordar los graves problemas que tiene planteada la zona actualmente. Un entendimiento con el Kremlin podría desembocar en una estrecha colaboración de tipo militar en Siria e Irak. Y ello en un momento clave, en el que los distintos actores están avanzando sobre Mosul y Raqqa con el objetivo de mermar definitivamente el territorio controlado por el Estado Islámico. Qué duda cabe que una cooperación ruso-norteamericana en este sentido sería de vital relevancia para ir poniendo fin a los dominios controlados por las huestes de al-Bagdadi. La desaparición territorial del califato constituye una prioridad para el restablecimiento del orden en ese área.

Esta buena sintonía entre Trump y Putin debería, adicionalmente, no frustrar el convenio con Irán. Es verdad que numerosos republicanos (él incluido) se opusieron al mismo, pero no es menos cierto que un buen número de emprendedores occidentales han visto en este arreglo una oportunidad de oro para sus negocios. Y no olvidemos que el nuevo dirigente no sólo viene de ese mundo de la empresa, sino que es, ante todo, un pragmático. Un pragmatismo que probablemente le lleve a mejorar también sus lazos con Ankara, sensiblemente deteriorados desde el mes de julio por la asonada militar contra Erdogan. A este respecto, no debemos olvidar el rol tan destacado que Turquía

desempeña en el Próximo Oriente, su condición de miembro de la OTAN y su aproximación a Rusia durante los últimos meses. Si parecía atisbarse un eje China-Rusia-Turquía-Irán, la llegada de Trump podría introducir curiosas novedades en el corto plazo, sobre todo, en lo referente a estas tres últimas naciones. Y aquí podrían salir perdiendo, como siempre, los kurdos, quienes, en aras de la seguridad y la estabilidad, volverían a ser sacrificados en sus reivindicaciones. Desde luego, me extrañaría que Trump moviese un solo dedo por ellos si para eso habría de dañar una recién reconstruida vinculación con Turquía.

Por último, el aspecto más controvertido estribaría en el conflicto palestino, sin apenas visos de solución a corto y medio plazo. Ni Hillary Clinton ni Trump me parecían estar en condiciones de resolver esta patata caliente. La demócrata porque estando como secretaria de Estado no logró que el proceso de paz avanzase un ápice. Incluso, sus vínculos con los grandes lobbies americanos, incluidos los judíos, le restaban capacidad de maniobra. El segundo, porque buena parte de los cuadros y votantes republicanos son pro-israelíes. Con lo cual, se lo podrían poner muy difícil en caso de querer introducir novedades en la postura tradicional de Washington. Y aunque yo no espero gran cosa en este affaire, quizás Trump nos pueda sorprender. El hecho de que tantas veces resulte imprevisible podría generar una pequeña esperanza. Porque, fuera de los convencionalismos y de las etiquetas clásicas, el vencedor del partido del elefante estaría en condiciones de ensayar propuestas más atrevidas y ambiciosas de las llevadas a cabo por sus predecesores. No obstante, su afición por los tipos duros me resta demasiadas esperanzas. Y, por si acaso, Netanyahu ya se ha apresurado a darle una calurosa bienvenida. Aunque me temo que habría actuado de la misma manera de haber ganado Hillary.

9 de noviembre de 2016